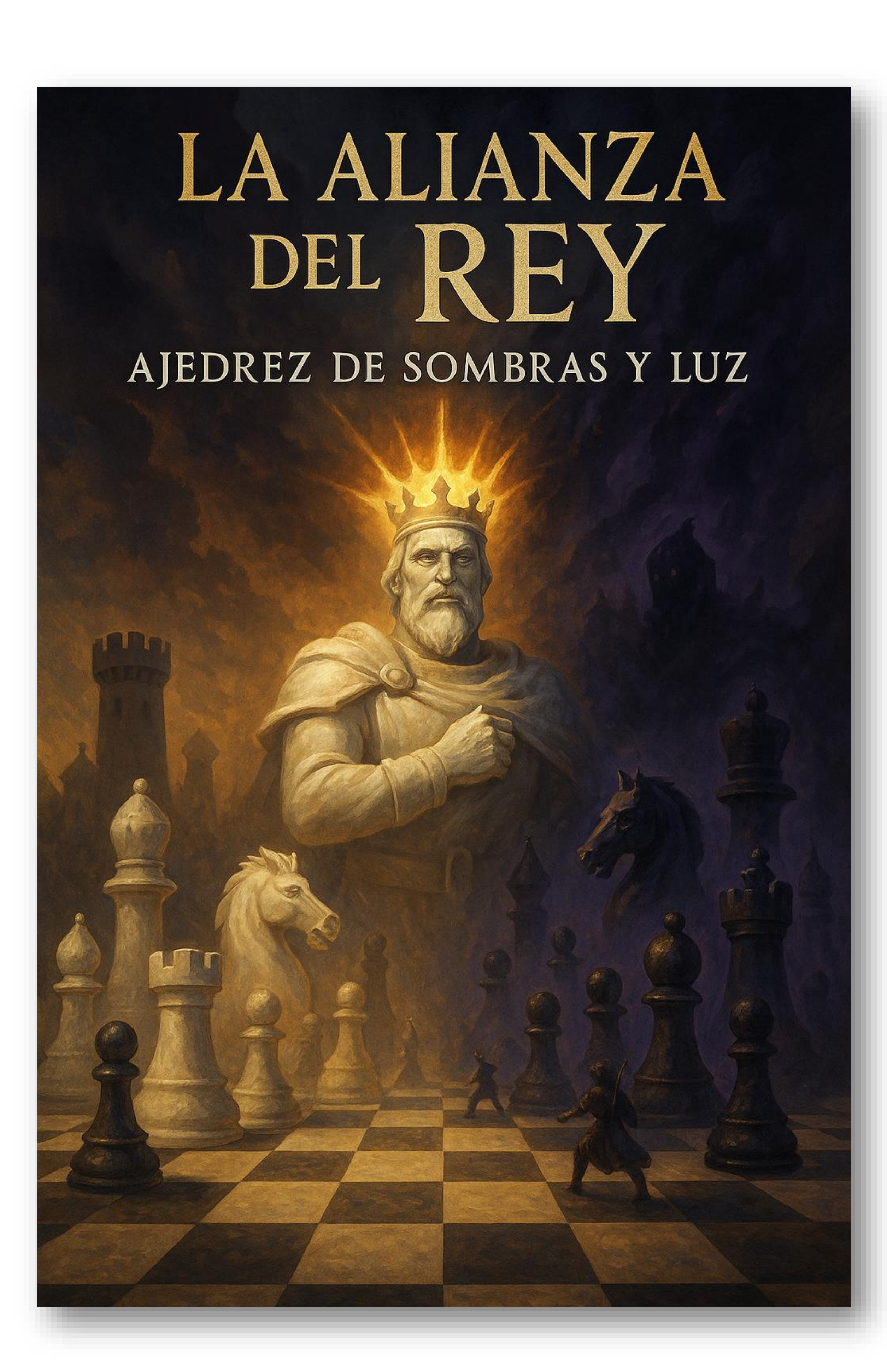

LA ALIANZA
DEL REY
AJEDREZ DE SOMBRAS Y LUZ

Dedicatoria

A mi querida esposa Lupita, y a mis amados hijos Janis y Eidan, quienes son el motor y el motivo de cada uno de mis días, quiero dedicarles estas palabras con todo el amor que guardo en mi corazón.

Ustedes son mi fuerza, mi inspiración constante y el refugio en medio de cualquier tormenta. Cada esfuerzo, cada sueño y cada historia que plasmo en estas páginas nace del profundo deseo de ofrecerles un legado lleno de imaginación, valores y esperanza. Son ustedes quienes iluminan mi camino y quienes me impulsan a seguir creando, no solo para mí, sino para que puedan crecer rodeados de magia, amor y aprendizaje.

Lupita, gracias por tu apoyo incondicional, tu paciencia infinita y por ser la compañera que siempre cree en mí, aun en los momentos más difíciles. Janis y Eidan, mis queridos hijos, cada una de sus sonrisas y cada instante compartido es un tesoro que atesoro con todo mi ser. Este cuento es para ustedes, para que cada palabra les recuerde que los sueños se construyen con amor, esfuerzo y dedicación.

Escribo con la esperanza de que, al leer estas páginas, sientan ese abrazo cálido que les envío desde aquí, y que siempre sepan que lo que hago, lo hago por ustedes, para ustedes, y con la más profunda gratitud por ser la razón de mi vivir.

Contenido

Prólogo:

En un mundo más allá del tablero, donde las piezas de ajedrez son seres con alma y voluntad, cada una nace en tierras antiguas con un origen legendario lleno de misterio y valor.

Los peones, humildes pero tenaces, emergen de las llanuras de los Guerreros Olvidados, formados en la disciplina del sacrificio y la perseverancia. Sus pasos marcan el avance del destino.

Los caballos, hijos de las tormentas, nacen entre relámpagos y truenos, símbolos de agilidad y fuerza indómita, sus cascos retumban como tambores de guerra.

Los alfiles, maestros de los senderos ocultos, provienen de bosques ancestrales donde el equilibrio y la sabiduría guían cada movimiento.

Las torres, colosos de piedra, guardianes de las fronteras, erigidos en fortalezas impenetrables, son la última barrera ante la oscuridad.

La reina, soberana de poder ilimitado, forjada en el fuego de la ambición y la nobleza, es el espíritu que puede cambiar el destino con un solo paso.

El rey, monarca frágil pero vital, es el corazón del reino, cuya caída significaría la destrucción total.

Un mal ancestral acecha fuera de las fronteras del tablero, una sombra que amenaza con sumergir en el caos a todos los reinos de la estrategia y la guerra.

Las piezas deben unir sus fuerzas y utilizar sus habilidades únicas — sus “jugadas” — para enfrentar esta amenaza. Cada movimiento en la batalla es más que un simple desplazamiento: es una acción con peso histórico y emocional, una jugada que refleja su historia y espíritu.

La aventura épica se despliega entre confrontaciones, alianzas y sacrificios, en un viaje donde el tablero se transforma en un campo de batalla vivo, y cada casilla cuenta una leyenda.

Capítulo 1: El despertar del tablero

El amanecer teñía de rojo las tierras ancestrales del Reino del Ajedrez. La bruma se desvanecía lentamente, revelando un paisaje de colinas ondulantes y fortalezas olvidadas, cada una custodiada por figuras inmóviles y solemnes. Pero esta calma era solo un velo.

En el silencio profundo, un latido comenzó a resonar — primero débil, luego firme y poderoso — como el pulso de un corazón que despierta después de un largo sueño. De las sombras emergieron los peones, sus armaduras brillaban con la luz del sol naciente, y sus ojos reflejaban la determinación de mil batallas.

En el horizonte, un estruendo retumbó. De entre nubarrones oscuros, surgieron los caballos, relinchando con furia, sus cascos golpeando la tierra con un ritmo frenético que anunciaba la llegada de la tormenta.

Las torres, altas y rígidas como montañas, se alzaron como guardianes eternos, mientras los alfiles deslizaban sus sombras sigilosas a través de los bosques de cristal, ocultos y siempre vigilantes.

En el centro, la reina giraba lentamente, su mirada fija en el horizonte, el poder de su voluntad irradiando una energía que hacía vibrar el aire. Cerca de ella, el rey, sereno y consciente de su fragilidad, sostenía el destino de todo el reino en sus manos.

Una voz ancestral resonó en el viento, un susurro que recorría cada casilla del tablero: “La sombra se acerca. El caos quiere devorar nuestra historia. Solo la unión de fuerzas podrá salvarnos.”

Los guerreros del tablero sabían que sus movimientos ya no serían solo estrategias; serían actos de valentía, de sacrificio, de esperanza.

Y así, con el primer movimiento, comenzó la épica batalla que definiría el destino del Reino del Ajedrez.

Capítulo 2: El peso de la corona

El aire en el castillo era denso, cargado de una calma tensa que anticipaba la tormenta. En la sala del trono, el rey permanecía sentado, una figura de apariencia frágil, pero con ojos que reflejaban siglos de sabiduría y responsabilidad. Cada latido de su corazón resonaba como un tambor, recordándole el peso de su destino.

“Si caigo, todo se desmorona,” pensó, su mirada fija en el tablero tallado en piedra que descansaba frente a él. Las piezas, silenciosas guardianas de un reino que parecía tan inmenso y pequeño a la vez, aguardaban su llamado.

Sabía que la amenaza que se cernía sobre ellos no era un enemigo común: el Señor del Caos, una sombra oscura que devoraba todo a su paso, deseaba extinguir la luz de la estrategia y la esperanza. No podía permitir que eso sucediera.

El rey se levantó con dificultad, consciente de su vulnerabilidad, y llamó a su más fiel consejera, la reina. “El reino está en peligro,” dijo con voz grave, “y aunque mis fuerzas sean limitadas, mi voluntad es inquebrantable. Debemos unir a nuestras piezas, contar sus historias, y preparar el tablero para la batalla definitiva.”

Por los pasillos comenzaron a llegar los guerreros: los peones, con su sacrificio silencioso; los caballos, con sus relinchos de guerra; las torres, firmes como montañas; y los alfiles, sombras que atravesaban los rincones oscuros. Cada uno llevaba en sí el eco de una historia, un motivo para luchar.

Pero para el rey, el camino era uno solo: proteger el corazón del reino y mantener la esperanza viva en un tablero que parecía a punto de caer en el abismo.

Con un gesto firme, colocó la primera pieza en movimiento. La aventura apenas comenzaba.

Capítulo 3: Voces del tablero

El rey observaba a sus guardianes reunidos ante él, cada uno portando el peso de un pasado que moldeaba su presente. La sala del trono se llenó de un silencio expectante, como si las paredes mismas quisieran escuchar las historias que estaban por desvelarse.

Primero, se alzó el más humilde pero más valiente: un peón de mirada firme. “Soy uno entre mil, nacido en las llanuras del sacrificio. Mis hermanos y yo avanzamos sin temor, conscientes de que muchos caerán, pero que solo así el reino podrá mantenerse. Nuestra fuerza está en la unidad, y en la esperanza de llegar al otro lado.”

A su lado, un caballo relinchó con intensidad. “Vengo de las tormentas donde el cielo ruge y el suelo tiembla. Mis saltos rompen las barreras de lo imposible, y con cada galope llevo mensajes de valor y astucia. En la oscuridad, los cazadores sombríos acechan, pero ningún camino es inaccesible para mí.”

El alfil, con ojos que parecían ver más allá, habló con voz profunda: “Soy el guardián de los senderos ocultos, hijo de una antigua orden que balancea luz y sombra. Mis movimientos son sigilosos, precisos como un susurro en la noche. Los espectros del desequilibrio intentan corromper la paz, pero mi misión es mantener el equilibrio.”

Desde la esquina, la torre hizo temblar el suelo al hablar: “Soy la fortaleza y la muralla, el pilar inamovible del reino. No temo la lentitud, porque mi fuerza arrasa con las bestias que buscan destruir nuestras fronteras. Soy la protección que no se quiebra.”

Y entonces, la reina, imponente y llena de fuego, se acercó al rey. “Mi poder es la pasión y la versatilidad. He cambiado el destino de muchas batallas con mi fuerza y decisión. Pero mi enemigo es la sombra del odio, que quiere apagar la luz de nuestra unión. Juntos, seremos invencibles.”

El rey escuchó cada relato, sintiendo cómo sus guardianes se fortalecían con cada palabra. Sabía que su fragilidad no era un obstáculo, sino el motivo para liderar con sabiduría y valor.

“Este reino,” dijo con solemnidad, “no se salvará solo. Somos historias entrelazadas, unidas por un propósito común. Que nuestras voces se conviertan en un rugido que el Señor del Caos no podrá ignorar.”

Y así, la leyenda del Reino del Ajedrez continuaba, tejida con la historia de cada pieza, preparándose para la lucha que definiría su destino.

Capítulo 4: La sombra del caos

Desde las profundidades de lo desconocido, donde la luz apenas osa llegar, emerge una fuerza oscura y temible: el Señor del Caos. No es un ser común, sino la encarnación de la destrucción y el desorden, nacido del olvido y la desesperanza.

Su esencia se desliza como una niebla negra, absorbiendo la armonía y retorciendo la realidad. Sus ojos, dos abismos sin fondo, reflejan el deseo insaciable de aniquilar la estrategia, la unión y el equilibrio que mantienen vivo al Reino del Ajedrez.

El Señor del Caos se alimenta del miedo y la división, sembrando discordia entre las piezas, buscando quebrar sus lazos y hacerlas caer una a una. Su ejército está formado por sombras deformes y ecos rotos, figuras sin forma ni propósito, que avanzan sin rumbo fijo pero con una única orden: destruir.

Este oscuro enemigo no solo enfrenta al rey y sus guardianes, sino también a todo aquello que representa la justicia, la lógica y el sacrificio. Su llegada anuncia la batalla final, un choque entre el orden y el desorden, la luz y la sombra, la esperanza y la desesperación.

Mientras el reino se prepara para la guerra, la presencia del Señor del Caos crece, expandiéndose silenciosa pero implacablemente, un recordatorio constante de que el destino del Reino del Ajedrez pende de un hilo.

Capítulo 4: La sombra del caos (continuación)

La oscuridad se espesó alrededor del gran salón del castillo, envolviendo cada rincón con un frío inquietante. Las piezas, reunidas en torno al rey, sintieron cómo el aire mismo parecía volverse denso, pesado, como si el mundo contuviera la respiración.

De repente, un susurro rasgó el silencio, un sonido que no pertenecía a este mundo. La sombra se condensó en el centro de la sala, creciendo y retorciéndose hasta tomar una forma imponente, oscura, imposible de ignorar. El Señor del Caos había llegado.

Sus ojos, dos pozos sin fondo, se posaron sobre cada pieza con una mezcla de desprecio y hambre. Su voz, un eco cavernoso y lleno de amenaza, reverberó por las paredes: “Creyeron que podrían controlar el destino con reglas y orden, pero yo soy el olvido que devora la certeza. Vuestro reino no es más que un castillo de naipes, listo para caer.”

Los peones temblaron, los caballos se erizaron, y la torre se mantuvo firme, un faro de resistencia. La reina alzó la cabeza con desafío, mientras el rey, con una calma que sorprendía en su fragilidad, dio un paso adelante y respondió con voz clara: “Mientras quede una pieza en este tablero, mientras yo respire, el orden prevalecerá. Tu sombra puede oscurecer, pero no romperá la luz de nuestra unión.”

Un silencio pesado siguió, y entonces la sombra retrocedió lentamente, dejando tras de sí una advertencia helada: “Esto es solo el comienzo. La verdadera batalla está por venir.”

Con un último destello oscuro, el Señor del Caos desapareció, dejando a las piezas con el corazón encendido por el miedo y la determinación. La guerra por el Reino del Ajedrez había comenzado.

Capítulo 5: El rey humilde

En el vasto tablero donde se libran batallas sin fin, nació un rey distinto a todos. No fue forjado en palacios de oro ni criado entre lujos, sino que emergió desde las tierras olvidadas, donde los peones marchaban día a día enfrentando el peligro y la incertidumbre.

Su nombre no era conocido por muchos al principio. Era un joven con mirada serena, pero con un corazón valiente que latía por la justicia y la protección de los suyos. Creció viendo caer a sus compañeros, aprendiendo que el verdadero poder no reside en la fuerza, sino en la sabiduría para guiar y la humildad para servir.

De niño, soñaba con un reino donde cada pieza, grande o pequeña, tuviera un propósito y un lugar. Su modestia no lo hizo débil, sino más fuerte, porque entendía que un líder debe estar al lado de quienes defiende, no por encima.

Con el paso del tiempo, el joven rey fue reconocido por su temple y su habilidad para unir a las piezas dispersas, recordándoles que en la diversidad y el sacrificio colectivo reside la esperanza.

Ahora, ante la amenaza del Señor del Caos, esa humildad se convierte en su mayor fortaleza. Porque, aunque puede parecer frágil, su origen lo hace inquebrantable, un faro de luz para un reino que lucha por sobrevivir.

Su reinado no se cimentaba en la tiranía ni en el miedo, sino en la fuerza invencible de la unidad. Como un gran estratega forjaba alianzas indestructibles, convocando a cada peón, caballo y alfil a despertar su poder latente, convirtiendo la aparente debilidad en un ejército imparable. En sus palabras retumbaba el llamado a la gloria, y en sus actos, la promesa de un destino compartido, donde el honor y el valor se fundían en una sola llama.

Cuando las sombras del Señor del Caos descendían con furia desatada, el rey emergía como un titán inquebrantable, un faro que desafiaba la oscuridad. Su voz era un trueno que estremecía el alma de sus guerreros, insuflándoles el coraje para desafiar lo imposible. En el fragor de la batalla, su espíritu ardía más allá del dolor y la derrota, recordando a todos que la verdadera victoria reside en la fuerza del corazón y la esperanza eterna del reino.

Capítulo 6: El encuentro que cambió el reino

El joven rey, aún sin corona, caminaba por los confines del tablero, con la mirada puesta en unir a todas las piezas para proteger su tierra. Fue en una tarde gris, mientras atravesaba un bosque de casillas sombrías, que escuchó una voz firme y decidida que sobresalía del silencio.

Era ella: la reina, una guerrera audaz y sabia, conocida por su poder y su independencia. Nadie osaba desafiarla, pero aquel joven rey no buscaba confrontarla, sino entenderla.

Con respeto y humildad, se acercó y le habló de su sueño: un reino donde cada pieza, sin importar su tamaño o fuerza, tuviera un lugar y un propósito. La reina, sorprendida por su sinceridad y valentía, vio en él algo que no había encontrado en ningún otro: un corazón auténtico y una mente estratégica.

Juntos comenzaron a compartir historias, planes y esperanzas. En las partidas de ajedrez que disputaban, más que rivales, se convirtieron en compañeros inseparables, aprendiendo a protegerse mutuamente y a anticipar cada movimiento.

La reina no tardó en darse cuenta que aquel joven humilde, con su visión y nobleza, era el rey que necesitaba para gobernar un reino en peligro. Y así, entre alianzas y sacrificios, nació un vínculo fuerte, basado en respeto, confianza y un amor forjado en la batalla.

Con ella a su lado, el joven rey supo que ningún enemigo sería invencible, y que juntos podrían desafiar incluso la sombra del caos.

El joven rey comprendió entonces que su fuerza no residía solo en la habilidad para gobernar, sino en la profundidad de ese lazo que los unía; porque con ella a su lado, la reina valiente y sabia, su espíritu encontraba un refugio invencible. Juntos, sus corazones latían al ritmo de un mismo sueño, un reino donde el amor y la esperanza serían las piezas más poderosas del tablero.

Capítulo 7: La llamada a la unión

El reino enfrentaba una amenaza que superaba cualquier batalla conocida. El Señor del Caos había dejado claro que su sombra buscaba deshacer el orden y sumir todo en la anarquía. El joven rey, junto a la reina, sabía que no podría enfrentar tal oscuridad solo.

Fue entonces cuando, con voz firme y esperanza renovada, el rey convocó a las piezas dispersas por el tablero: los valientes caballos, guardianes de las torres, y los incansables peones que, aunque modestos, eran el alma del reino.

Cada uno llegó con una historia, un origen único y una razón para luchar. El caballo, símbolo de libertad y audacia, respondió a la llamada para proteger las rutas y explorar caminos desconocidos. Las torres, fuertes y firmes como fortalezas vivientes, prometieron defender las fronteras con valentía inquebrantable.

Los peones, que habían caminado desde las tierras más humildes, aceptaron la misión con el espíritu de sacrificio que siempre los definió, dispuestos a avanzar paso a paso, sin retroceder.

Así, uno a uno, cada pieza encontró su lugar en el ejército del rey. No eran solo figuras en un tablero; eran héroes con destinos entrelazados, forjados por la necesidad de proteger lo que amaban.

Juntos, formaron una alianza invencible, porque entendieron que la fuerza no radica solo en el poder individual, sino en la unión y el compromiso con un propósito común: preservar la luz del reino frente a la sombra del caos.

Capítulo 8: La sombra que acecha — El Señor del Caos y su ejército

Desde las profundidades del tablero, donde la luz apenas logra penetrar, emergió una presencia oscura y temible: el Señor del Caos. No era una figura cualquiera, sino la encarnación misma de la discordia y la destrucción, un enemigo que anhelaba desmantelar el orden y sumergir al reino en un eterno caos.

Su motivación era simple pero devastadora: romper las reglas del juego, destruir la armonía entre las piezas, y gobernar un tablero donde solo prevaleciera el desorden y la confusión. Para él, el poder no estaba en la justicia ni en la unión, sino en el miedo y la anarquía.

A su lado, marchaban sus secuaces: las Sombras Errantes, figuras oscuras y silenciosas, capaces de infiltrarse y sabotear desde las sombras; los Guerreros Fragmentados, piezas rotas y perdidas que, llenas de resentimiento, se habían unido a la oscuridad buscando venganza; y los Portadores del Vacío, seres que consumían la energía vital del reino, debilitando poco a poco la fuerza de sus enemigos.

El Señor del Caos no solo luchaba contra el rey y sus aliados, sino contra la esperanza misma. Su propósito era que ninguna pieza confiara en la otra, que el tablero se fragmentara y que el orden se convirtiera en ruinas.

Frente a esta amenaza, el rey y sus compañeros comprendieron que su lucha no sería solo una batalla por el territorio, sino una guerra por el alma del reino.

Capítulo 9: La estrategia y el eco de la guerra

Consciente de que la sombra del Señor del Caos se extendía rápidamente, el joven rey convocó a su consejo de guerra en la gran sala del tablero, un espacio donde cada casilla vibraba con la historia de batallas pasadas y promesas futuras.

Allí, junto a la reina y las piezas más valientes, trazó un plan audaz: proteger el centro del reino, donde la fortaleza del rey se alzaba, y al mismo tiempo, enviar a los caballos a explorar y desbaratar las avanzadas enemigas en los flancos. Las torres reforzarían las murallas, mientras los peones se preparaban para avanzar como escudos humanos, abriendo paso para los ataques decisivos.

Pero la verdadera clave estaba en la coordinación, en la sincronía perfecta de cada movimiento, como una sinfonía que sólo los mejores estrategas podían dirigir.

El detonante no tardó en llegar. Una noche sin luna, las Sombras Errantes irrumpieron en una casilla clave, intentando tomar por sorpresa al ejército del rey. Fue entonces cuando el ejército reaccionó, y el tablero se iluminó con el choque de fuerzas, el rugido de la batalla y el sonido metálico de las piezas en combate.

La primera batalla había comenzado, marcando el inicio de una guerra que definiría el destino de todo el reino.

Capítulo 10: Voces y coraje en la tormenta — La reacción de las piezas

***El Rey*: Con la calma que solo la responsabilidad otorga, el rey sintió el peso de la corona aún más pesado. Sabía que cada movimiento suyo sería decisivo, y aunque el temor anidaba en su pecho, su determinación para proteger el reino era más fuerte que nunca. Su mente ya buscaba la siguiente jugada, anticipando los movimientos del enemigo.

***La Reina*: Ágil y feroz, la reina se lanzó sin dudar al corazón de la batalla, su mirada fulminante cortando la oscuridad. Sabía que su fuerza y rapidez serían cruciales para contener la amenaza y proteger al rey y a sus aliados. Su espíritu guerrero ardía con un fuego indomable.

***Los Caballos*: Con relinchos de desafío, los caballos se prepararon para galopar en zigzag, listos para romper las líneas enemigas con audacia e ingenio. La incertidumbre no frenaba su valentía; al contrario, la alimentaba para explorar y atacar desde ángulos inesperados.

***Las Torres*: Firmes y solemnes, las torres levantaron sus escudos, formando barreras infranqueables. No permitirían que ninguna sombra atravesara sus murallas; su fuerza era el baluarte que mantenía la esperanza en pie.

***Los Alfiles*: Sigilosos y calculadores, los alfiles avanzaron en diagonales precisas, buscando puntos débiles en las filas enemigas. Su paciencia y precisión serían la clave para desbaratar las estrategias oscuras del adversario.

***Los Peones*: Aunque modestos, los peones sintieron la llamada a la valentía. Con pasos firmes, se adelantaron, sabiendo que cada sacrificio suyo abriría caminos para la victoria. Su unidad y perseverancia eran el latido constante del reino.

Capítulo 11: La grieta en la línea — Coraje en la sombra

El viento soplaba denso, impregnado del humo que se alzaba desde los extremos del tablero. Las casillas temblaban como si cada una sintiera el paso de la guerra. Entonces, sucedió.

Desde las sombras del cuadrante oriental, una grieta se abrió entre los flancos. Un enjambre de Sombras Errantes irrumpió con violencia, cubriendo el campo como tinta derramada. Gritaban sin voz, sus formas indefinidas retorcidas por el rencor y el olvido.

—¡Centro en peligro! ¡Formación de escudo! gritó la reina, su voz atravesando el caos.

Los peones del flanco Este, aún verdes, se mantuvieron firmes. Uno de ellos, **Elian**, apenas iniciado en batalla, avanzó dos casillas al frente con una valentía que ni él sabía que poseía. Fue el primero en embestir a una Sombra, cuerpo a cuerpo, resistiendo el impacto que haría temblar a una torre.

Los caballos, desde los extremos, giraron con maestría, formando un arco defensivo. Uno de ellos, **Relámpago**, saltó sobre una Sombra que intentaba flanquear por la diagonal y la derribó con un estallido de energía azul, como si la misma luz del tablero lo protegiera.

—¡Las diagonales están abiertas! advirtió un alfil, descendiendo entre casillas negras, sus movimientos cortando como cuchillas. Uno tras otro, fue derribando a los enemigos, hasta que quedó cara a cara con un Portador del Vacío. El choque no fue físico, sino de voluntad. Y en ese instante, el tablero enmudeció.

Fue entonces cuando la reina, al notar la tensión, se lanzó en línea recta, derribando a dos Sombras con un barrido de su lanza reluciente. Al llegar junto al alfil, este, ya débil, solo dijo:

—No lo dejes pasar… ese no es uno cualquiera.

La batalla alcanzaba su punto más crítico.

Desde el centro, el rey observaba. No podía avanzar aún, pero sus ojos veían cada sacrificio, cada acto de valor, cada pieza que caía con honor. El tablero era ahora un campo de leyenda, y cada casilla, una historia escrita con fuego, estrategia y sangre.

Capítulo 12: El susurro de las sombras — El enemigo avanza

El humo comenzaba a disiparse, y por un instante pareció que la luz del tablero se estabilizaba. Pero fue solo un engaño.

Un extraño murmullo empezó a recorrer las casillas del flanco oeste. No era un sonido común… era como si el propio tablero llorara. La reina, aún jadeante tras la ofensiva, lo sintió primero. Luego las torres. Y, por último, el rey.

—No... es demasiado pronto —susurró el rey, mirando hacia el horizonte.

Del borde más alejado, desde las casillas más oscuras del tablero, emergieron ellos: ***Los Corruptores***, las élites del ejército del Señor del Caos. Llevaban armaduras fractales que reflejaban la luz como espejos rotos, y en sus pasos se marchitaban las casillas.

Uno de los caballos, ***Trueno***, intentó enfrentarlos... pero no duró más que una fracción de segundo. Su forma se disolvió en una neblina gris, su energía absorbida por la lanza negra de un Corruptor.

El equilibrio se rompió.

El ala izquierda del ejército comenzó a replegarse. Los peones resistían en su posición, pero eran superados. Los alfiles, atrapados en los flancos, veían limitada su capacidad de maniobra. La torre más cercana fue abatida, alcanzada por un rayo oscuro que descendió del cielo como un juicio ineludible.

—¡Nos están leyendo! ¡Anticipan nuestros movimientos! —gritó la reina.

El enemigo no solo atacaba… imitaba sus estrategias, bloqueaba sus rutas, desorientaba sus comunicaciones. Como si cada paso estuviera siendo reflejado y contrarrestado. Las piezas estaban cayendo, una por una, y el rey no podía avanzar. No aún.

—Estamos perdiendo el centro... y el silencio se acerca —susurró el alfil mayor, antes de caer.

En ese momento, una grieta luminosa se quebró en el cielo sobre el tablero, y una voz oscura se dejó oír por primera vez desde el comienzo de la guerra:

—No es tu trono lo que quiero, Rey... es tu fe.

Era él. ***El Señor del Caos*** había hablado.

Y por primera vez, el rey bajó la mirada. El enemigo no solo tenía poder... tenía un propósito.

Capítulo 13: El sacrificio de Elian — Un solo paso hacia la luz

El campo era un lamento de sombras. La línea central se había quebrado, las piezas retrocedían, y el enemigo ya avanzaba sobre la tercera fila. La Reina herida, el Alfil Mayor caído, y el Rey silente… parecía que el final era inminente.

Fue entonces cuando ***Elian***, un peón sin escudo, sin rango ni nombre en las leyendas, vio el vacío que se abría en el centro. La grieta por donde los Corruptores se escurrían como niebla venenosa.

Él sabía que ese paso estaba condenado. No tenía respaldo, no tenía fuerza, no tenía más que su convicción.

Y, aun así, dio un paso.

—Solo soy un peón… —murmuró, mientras sentía que el tablero temblaba bajo su pie—. Pero este paso… es mío.

Avanzó. Uno. Dos. Tres casillas más allá del frente, desobedeciendo todo protocolo. Los enemigos lo observaron extrañados, como si se burlaran del gesto. Uno de los Corruptores se lanzó directo a él, seguro de aplastarlo.

Pero Elian se plantó firme, y al instante de ser alcanzado, desató lo impensado: en su pecho se activó el sello que el Rey le había confiado en secreto días atrás. No era una bomba. No era un arma.

Era una antítesis. Un fragmento de esperanza pura. Un resplandor ancestral.

El estallido silencioso de luz barrió a los enemigos cercanos, devolviendo claridad a las casillas centrales. Los Corruptores tambalearon. Las Sombras chillaron como si sintieran dolor por primera vez.

Y el Rey, desde la retaguardia, lo vio todo.

—Elian… —susurró con el corazón quebrado—. Hijo de las casillas grises… te has vuelto leyenda.

El peón no sobrevivió. Pero su acto desató una oleada: la torre norte recuperó posición, la reina se levantó con furia renovada, y los caballos giraron hacia el centro con precisión milimétrica. El tablero volvía a respirar.

Una pieza menor. Un sacrificio inesperado. Y una nueva esperanza encendida.

Capítulo 14: El primer paso del Rey

El campo de batalla se mantenía en un temblor sutil, como si la esperanza despertara, pero temiera ser interrumpida. La luz del sacrificio de Elian aún palpitaba en el aire, suspendida como un eco sagrado. Las piezas respiraban con un nuevo ritmo… pero todas esperaban una señal.

Todas miraban al Rey.

Durante siglos, su figura había sido el ancla. El símbolo. El bastión que se protegía a toda costa, inmóvil, expectante. Su deber era resistir, mantenerse firme… pero ese día, algo cambió.

El Rey contempló el vacío que dejó Elian. No era solo un espacio… era una invitación.

Entonces, lo hizo**.**

Un solo paso. Una casilla adelante.

El tablero entero pareció exhalar. Las sombras temblaron, no por el poder del Rey, sino por el símbolo de su decisión**.** Porque por primera vez, el que debía ser protegido se convertía en líder.

—No puedo pedirles más de lo que estoy dispuesto a dar —dijo, con voz grave, mirando a su Reina y a los restos de su ejército—. Si la luz debe renacer… que lo haga con mis pasos.

La Reina esbozó una sonrisa herida pero viva. Los caballos relincharon y alzaron sus lanzas. Las torres vibraron. Hasta los peones que quedaban se alinearon como uno solo.

El Rey no buscaba atacar. No aún. Su movimiento fue una declaración**:** que esta era su guerra también. Que el tablero era su hogar. Que cada pieza valía tanto como él.

Y del otro lado… el Señor del Caos sintió, por primera vez, una punzada de duda.

Porque cuando un Rey camina, no camina solo. Camina con la historia.

Capítulo 15: El eco de un paso — la Reina y la reacción del Caos

Cuando el Rey cruzó esa única casilla hacia el frente, algo invisible se quebró… y algo más profundo renació.

Desde las alturas oscuras del tablero opuesto, ***el Señor del Caos*** —esa figura incorpórea hecha de fragmentos de reglas rotas y piezas olvidadas— sintió una sacudida que no venía del plano físico. Era como si una ley no escrita hubiera sido desafiada. No por fuerza. Por voluntad.

—El Rey se ha movido… —murmuró el Enemigo, con una voz hecha de cuchillas y susurros—. Entonces… se ha roto el equilibrio.

Giró su mirada sin ojos hacia sus secuaces: los Cuervos Silenciosos, las Reinas Caídas, los Caballos Ciegos, y murmuró: —Avancen. Haz que su esperanza se convierta en error.

Y el campo se oscureció.

Mientras tanto, la Reina observaba al Rey desde su posición. Lo había amado antes de la guerra, antes del tablero. Lo había amado como quien ama una historia que aún no ha sido escrita.

Verlo moverse, ver ese gesto simple… la hizo temblar.

No era debilidad. Era la carga de alguien que había jurado protegerlo y que ahora lo veía caminar hacia el fuego. Su rostro se endureció, pero sus ojos ardían.

—¿Crees que voy a dejarte avanzar solo? —dijo, y su voz cruzó el aire como un rayo de mármol.

La Reina se deslizó con una elegancia salvaje. Sus movimientos no eran pasos: eran decisiones. Cortó el campo en diagonal, zigzagueó entre el peligro, y cada casilla que pisaba se volvía segura para las piezas aliadas.

El enemigo lo notó. No solo el Rey se había movido. La Reina, su alma, lo seguía. Y eso lo hacía más peligroso que nunca.

—Entonces vendré yo mismo —dijo el Señor del Caos.

Y en la línea oscura del fondo, entre humo y sombras rotas, emergió su General más letal: una Reina Negra que había sido corrompida siglos atrás. Su reflejo invertido.

La batalla ya no era solo estrategia. Era una guerra de convicciones**.** Entre el amor y el odio. Entre el sacrificio y el poder. Entre el Rey que caminó… y el caos que no soportaba verlo hacerlo.

Capítulo 16: La Reina Caída

Antes de ser conocida como la Sombra del Tablero, la Reina Negra tuvo un nombre. Uno que ya casi nadie recuerda. Fue llamada ***Selhara***, la Reina de los Albores.

En otro tablero, en otra era, Selhara fue una reina luminosa. Su reinado estuvo lleno de armonía, justicia y un poder tan elegante como implacable. No necesitaba protección, porque ella misma era el escudo y la espada de su Rey.

Sin embargo, en su mundo ocurrió lo impensable: una traición desde dentro del tablero**.**

Su Rey, consumido por paranoia y engañado por un Alfil Oscuro que susurraba falsedades, acusó a Selhara de conspirar en su contra. La desterró sin juicio, sin defensa, y sin una última palabra. Fue exiliada al Borde del Tablero, donde el eco de las jugadas desaparece, donde las piezas olvidadas se convierten en espectros.

Allí, en ese exilio sin fin, fue encontrada por el Señor del Caos.

Él no la sedujo con mentiras. Solo le mostró la verdad que ella no quería ver: que las reglas no protegen a quienes las encarnan, que la nobleza puede ser sacrificada al primer error… y que el amor, si no es vigilado, puede convertirse en daga.

—¿Quieres justicia o venganza? —le preguntó el Caos.

Ella no respondió.

Solo extendió su mano… y aceptó la sombra.

Desde entonces, Selhara se convirtió en la ***Reina Negra***, el alma más letal al servicio del caos. Pero en su corazón roto aún arde una chispa de aquella antigua soberana. Solo que ahora, esa chispa arde por una única motivación: destruir todo tablero que repita su tragedia**.**

Y frente a ella, ahora se alza otra Reina, tan firme y luminosa como ella fue una vez. Una Reina que pelea por su Rey. Una Reina que aún no ha caído.

Selhara no desea simplemente vencerla.

Desea mostrarle lo que pasará cuando el tablero también la traicione.

Capítulo 17: El Duelo de las Reinas

El campo se volvió silencio. No era paz. Era tensión. El tipo de silencio que se forma cuando dos estrellas están a punto de colisionar.

La Reina del Rey avanzó hasta la línea media del tablero. Su vestido de acero y luz ondeaba con cada paso. No temblaba. No dudaba. Pero en su pecho sentía el peso de siglos… como si hubiera esperado toda una vida por este momento.

Desde la otra esquina del tablero, emergió Selhara. No caminaba: flotaba. Sus movimientos no obedecían a las reglas normales del juego. Su manto parecía tejido de oscuridad líquida, y su corona estaba hecha con los fragmentos de su antigua prisión.

Cuando sus ojos se cruzaron, el tablero entero contuvo el aliento.

—¿Tú eres su Reina? —preguntó Selhara, con voz de hielo.

—Soy la suya, sí. Pero soy también la mía —respondió la Reina—. Y estaré aquí incluso si él cae.

—Entonces también estás condenada.

No hubo más palabras.

En un segundo, se desató la tormenta.

Las Reinas se movieron con furia de cometas: diagonales que incendiaban el suelo, giros imposibles, saltos que desafiaban la lógica. Cada movimiento era como una jugada maestra. Cada choque, una explosión de energía. Las demás piezas retrocedieron: sabían que esto era más que una batalla. **Era un duelo de ideologías.**

Selhara lanzaba ataques cubiertos de recuerdos rotos: ilusiones de traición, espejismos de abandono, sombras que intentaban quebrar la voluntad.

Pero la Reina del Rey respondía con fe. No ciega. Firme. No porque no conociera el dolor, sino porque había decidido no arrodillarse ante él**.**

En un momento, Selhara logró alcanzarla por el flanco izquierdo. Un corte diagonal certero. La Reina cayó de rodillas. El campo tembló.

—Ahora verás cómo se quiebra todo lo que juraste proteger —dijo Selhara, alzando su mano oscura para el golpe final.

Pero la Reina no miró a su atacante. Miró al Rey. Y sonrió.

—Tú no entiendes lo que me mueve —susurró—. Él me enseñó a no pelear por miedo… sino por propósito.

Y desde el suelo, en una jugada imposible, contra toda estrategia, **la Reina giró, cayó hacia atrás… y usó su caída como impulso para lanzar su lanza de luz** directamente al manto de Selhara.

El impacto fue puro silencio.

Selhara retrocedió. Su sombra se agrietó. No destruida, pero sí tocada. Por primera vez en siglos… tambaleó.

El duelo no terminó. Pero el equilibrio cambió.

El campo supo entonces lo que había presenciado: No era solo una batalla. Era el choque entre lo que fue… y lo que se niega a dejar de ser.

Capítulo 18: El Rey y la Tempestad Silente

Mientras las líneas enemigas colapsaban en torno al frente, el Rey no permanecía inmóvil en su trono.

Aquel que alguna vez fue un pastor de aldeas, un humilde aprendiz de los viejos Sabios del Centro, no necesitaba ostentar grandeza: la llevaba en su calma.

Acompañado solo por una Torre desgastada, un Alfil herido y un Peón que había perdido a sus hermanos, el Rey analizaba cada grieta del tablero. No con la mente de un estratega… sino con el instinto de quien ha sobrevivido demasiadas derrotas para confiar solo en los libros.

La Reina había salido a combatir a Selhara. El campo temblaba con cada embate. Y aun así, el Rey permanecía atento al norte del tablero, donde un movimiento apenas perceptible reveló lo que él temía:

—"El Enroque Sombra…" —murmuró el Alfil, tocándose el pecho.

Era una jugada legendaria, prohibida en muchas tierras. Un doble cerco, un sacrificio calculado para distraer al oponente con luz… mientras la oscuridad entra por las columnas laterales.

—"Nos están envolviendo," —confirmó el Rey, —"quieren aislarme."

El Peón, el más joven de todos, tembló.

—"Mi Señor, si me permite avanzar, quizás logre interceptarlos."

—"Es muerte segura," —advirtió la Torre—, "ni siquiera llegarías a la mitad del camino."

El Rey no respondió. Solo bajó la cabeza. Como si estuviera escuchando algo que los demás no oían.

Y entonces habló:

—"Avanzarás, muchacho. Pero no para interceptarlos. Sino para provocarles miedo. Que crean que escondemos algo más entre las filas."

El Peón asintió. El valor no siempre requiere fuerza. A veces solo requiere obedecer, aun cuando se teme.

Y así, el peón avanzó. Solo. A paso firme.

La Torre, viendo esto, giró su base. El Rey la miró.

—"Te dije que esperaras."

—"Lo hice," dijo ella. "Durante demasiadas partidas. Esta vez, lucharé."

Y se desplazó con un estruendo que hizo vibrar la columna entera, cruzando toda la línea con rabia de años contenidos.

Mientras el campo crepitaba con el eco de la batalla de las Reinas, en esta otra orilla del tablero, el Rey ejecutaba una jugada más sutil: Una distracción que nublara la visión del Enemigo Supremo.

Porque sabía que el Caos no era ciego……Pero sí arrogante.

Y que, en su ceguera voluntaria, quizás dejaría pasar al más pequeño, que pronto se convertiría en la clave de todo.

Capítulo 19: El Peón y la Tormenta

El Peón avanzó. Solo.

Su casco de bronce, herencia de un hermano caído, le cubría apenas media frente. Cada paso que daba sobre el terreno agrietado del tablero lo hacía sentir más ligero y más pesado a la vez.

Desde lo alto de su torre de obsidiana, ***el señor del Caos*** lo observaba.

—"¿Un peón? ¿A estas alturas?" —dijo con desprecio.

A su alrededor, los secuaces se reían: los Caballos Rotos relinchaban como sombras quebradas, los Alfiles Negros invocaban neblinas ilusorias, y los Peones Oscuros murmuraban letanías que borraban el valor.

Pero el Caos, aunque confiado**,** detuvo su avance. Algo en ese movimiento solitario no le cuadraba. Miró el resto del tablero.

Entonces lo vio: la Torre, vieja y fiel, arrasando su flanco sur. Y más allá, el Rey… quieto, sí, pero no pasivo. Vigilante. Decidiendo.

El Caos entrecerró los ojos. El engaño era evidente… pero también el sacrificio.

—"¿Acaso esperan distraerme con esto?" —gruñó, haciendo temblar el cielo ceniciento.

Sin embargo, mientras lo decía, uno de sus Alfiles Negros cayó.

Impacto directo de la Torre.

Un rugido llenó el aire.

—"¡Cegados por su propia nostalgia!" —clamó el Caos—, "¡creen que la memoria de los antiguos movimientos puede detener la oscuridad que avanza!"

Y entonces dio la orden.

La Reina Negra, Selhara, y su guardia de sombras debían dividirse**.** Una parte iría tras el Rey. Otra tras el Peón.

Fue su primer error.

La Jugada Silenciosa

A medida que los enemigos se desviaban para interceptarlo, el Peón no detuvo su marcha.

Y algo increíble sucedió: Un segundo Peón —dado por perdido en batallas anteriores— emergió desde una diagonal.

Ambos se miraron. No hubo palabras. Solo historia compartida. Y caminaron juntos.

Mientras tanto, el Rey, desde su posición, vio lo que había planeado: El Enemigo estaba dividido.
La Reina Negra ya no tenía el mismo escudo de sombras. Y su guardia personal se dispersaba en dos direcciones.

Era la grieta que necesitaban.

—"Ahora," susurró el Rey.

Y el tablero, silenciosamente**,** giró a su favor**.**

Capítulo 20: La Grieta

La Reina del Reino de Luz —***Althea***, nacida del fuego de las últimas constelaciones— estaba acostumbrada al caos. Había danzado entre guerras, sostenido coronas rotas y salvado imperios con una sola mirada. Pero jamás había sentido miedo verdadero… hasta que enfrentó a ***Selhara***, la Reina Negra.

Selhara no solo era letal. Era leyenda. Un poema cruel susurrado por generaciones de peones que no volvieron.

El aire entre ambas cortaba como filos cruzados. Apenas se miraban. Y, sin embargo, todo el campo de batalla sentía esa tensión que ni el tiempo podía doblar.

Hasta que Althea lo vio.

No fue una herida. No fue una fisura visible. Fue un *parpadeo*, una duda mínima en la postura de su enemiga.

El instante exacto en que Selhara desvió la mirada al ver a los dos Peones avanzar.

Ahí estaba**:** la grieta**.** Pequeña. Ínfima**.** Pero suficiente para que una Reina lo supiera**:** el miedo también podía vivir en la oscuridad.

Y Althea sonrió.

Por primera vez desde el inicio de la guerra.

—"Entonces... también sientes, Selhara. Aún recuerdas."

Y como si el viento hubiera cambiado de dirección, ***Althea*** avanzó. No con furia, sino con esa elegancia que hace temblar las torres. Cada paso suyo era un desafío. Cada gesto, una declaración:

"El tablero ya no te pertenece."

El Retorno al Peón

Mientras la grieta en Selhara comenzaba a ensancharse, abajo, en el lado olvidado del tablero, los Peones avanzaban entre sombras.

No por estrategia. No por gloria. Sino por algo más humano: Por lealtad**.**

Uno de ellos —el más joven, con cicatrices en sus dedos— comenzó a acelerar.

A lo lejos, una figura oscura levantaba su lanza. Era un Peón Oscuro. Un espejo retorcido.

El choque era inminente.

Y sin detenerse, el Peón gritó: —“¡Por Althea!”

El rugido fue contestado por todos los flancos. El Rey, en lo alto de su colina blanca, alzó su puño.

Y el tablero volvió a latir.

Capítulo 21: El Sacrificio del Peón

El Peón avanzaba con paso decidido, cada movimiento una apuesta arriesgada en un juego que podía costarle la vida. En el horizonte, las sombras se cerraban: los Peones Oscuros bloqueaban su camino, su lanza negra apuntaba sin piedad.

Pero él sabía lo que debía hacer.

—“Por Althea, por el Rey, por todos…” —murmuró.

Con un salto inesperado, se lanzó hacia adelante, justo en el camino del Peón Oscuro más cercano.

El impacto resonó como un trueno en el tablero.

El Peón recibió el golpe, su cuerpo cayó al suelo, pero no sin antes clavar la mirada en sus hermanos que seguían luchando.

Su sacrificio no fue en vano.

El espacio abierto permitió que la Torre blanca avanzara con furia, destruyendo la defensa oscura. La Reina Althea, al ver la valentía de su aliado, lanzó un grito que elevó la moral de todo el ejército de luz.

—“¡**Nunca subestimen a un Peón con corazón**!”

Y en ese instante, la historia cambió.

El Peón que cayó dejó un legado: la llama de la esperanza ardía más fuerte que nunca. Su nombre, olvidado hasta entonces, comenzó a resonar en las voces de todos.

Era el primer paso hacia un destino glorioso.

Capítulo 22: La Unión Renacida y el Asalto Final

El sacrificio del Peón resonó en cada rincón del tablero, como un eco que despertaba a las piezas dormidas en la sombra del temor.

La Torre, con paso firme y furioso, avanzó hasta la segunda fila enemiga, clavando su mirada en las defensas rotas, abriendo un pasaje que ningún enemigo podría cerrar.

Relámpago, el caballo, siempre impredecible, saltó en forma de "L" sobre las filas oscuras, derribando a un alfil enemigo que amenazaba la retaguardia del Rey.

—"¡Por el Peón que nos enseñó a no rendirnos!" —rugió la Reina Althea, girando en un movimiento de "desviación", desplazándose diagonalmente para eliminar una pieza clave en la defensa de Selhara.

El Alfil blanco se deslizó con gracia por la diagonal, cortando la comunicación enemiga, dejando al Rey oscuro cada vez más aislado.

El Rey, sintiendo la energía renovada de su ejército, ordenó la maniobra final: el enroque.

Con un movimiento rápido, se protegió tras la Torre, fortaleciendo la defensa mientras preparaba el ataque decisivo.

Acosada por el avance implacable de sus enemigos y cegada por la urgencia del momento, Selhara jugó su última carta como si aún estuviera al inicio de la partida. Recurrió a un gambito de dama, entregando a su más valioso peón con la esperanza de abrir una grieta en el muro enemigo. Pero esa no era una apertura, era el ocaso. Y en el ocaso, las piezas no se sacrifican: caen.

Lo que debió ser una maniobra maestra se reveló como un error fatal, una jugada desfasada, impropia de una mente como la suya. El enemigo no titubeó. La respuesta fue exacta, contundente, impecable. En el eco de aquella mala decisión, el tablero comenzó a inclinarse... pero no a su favor.

El peón central avanzó como un presagio, firme y decidido, abriendo un sendero de luz en medio del abismo. No fue solo una jugada, sino una declaración: el fin se acercaba. Con ese movimiento, las defensas enemigas temblaron… y la sombra comenzó a replegarse.

El Señor del Caos, soberano de la oscuridad, sintió el cerco cerrarse a su alrededor. Derrotado, sin escape ni salvación, retrocedió en silencio hacia la única sombra que aún lo recibía: la de su caída.

Y entonces, la jugada final.

La Reina, letal y majestuosa, descendió como un juicio ineludible. El Rey, sereno en su fortaleza, selló la armonía perfecta. La Torre, vigilante, cerró la última vía de escape. El jaque mate fue inapelable.

Selhara cayó.

Y con ella, el Rey de las Sombras fue silenciado.

El tablero vibró.

La luz no solo ganó: resurgió, eterna, desde la última casilla.

Epílogo: El Rey y el Legado de la Luz

El Rey se alzó sobre el tablero silencioso, sus ojos reflejando la luz tenue del crepúsculo que bañaba el campo de batalla.

Recordó sus humildes orígenes, la lucha para conquistar a la Reina, y el sacrificio de cada pieza que formó su ejército.

—“No soy un monarca por derecho de sangre, sino por la voluntad de quienes creyeron en mí,” —murmuró con voz firme.

El sacrificio del Peón, la valentía de la Torre, la astucia del Caballero y la majestuosidad de la Reina habían forjado una victoria que trascendía el simple juego.

Sabía que la paz era solo un respiro, que, en las sombras, nuevos retos aguardaban.

Pero también que mientras las piezas se unieran, ningún enemigo podría derribar la fortaleza que juntos habían construido.

Con paso sereno, el Rey volvió a su trono, preparado para gobernar no solo con poder, sino con el legado de coraje, lealtad y esperanza que cada ficha dejó en el tablero.

Y así, el juego continuaba, en cada movimiento, en cada batalla, en cada historia por contar.

Personajes:

***Peones — Los Guerreros Olvidados*. -** Nacidos en las vastas llanuras de sacrificio, los peones son el ejército silencioso que avanza con paso firme, conscientes de que muchos caerán para que el reino prospere. Su coraje reside en la disciplina y la resistencia. Se enfrentan a las hordas oscuras que buscan romper las líneas y sembrar el desorden.

***Caballos — Hijos de la Tormenta*. -** Forjados en el fragor de las tormentas eléctricas, los caballos galopan con la velocidad del relámpago y la fuerza del trueno. Son los mensajeros y guerreros impredecibles, capaces de saltar barreras imposibles. Su enemigo son los cazadores sombríos, especialistas en emboscadas y furtividad.

***Alfiles — Guardianes de los Senderos Ocultos*. -** Descendientes de una antigua orden de sabios que dominan el equilibrio entre luz y sombra, los alfiles se mueven sigilosos a través de los bosques místicos. Sus ataques son precisos y mortales desde la distancia. Se enfrentan a los espectros del desequilibrio, que intentan corromper la armonía del reino.

***Torres — Colosos de Piedra*. -** Las torres son gigantes de roca y acero, pilares inamovibles que defienden las fronteras del reino. Lentamente, pero con fuerza devastadora, son la muralla contra la invasión. Su enemigo son las bestias descontroladas del caos, capaces de destruir fortalezas y sembrar el pánico.

***Reina Althea— El Fuego Indómito*. -** Forjada en la llama eterna de la pasión y el poder, la reina es la fuerza más versátil y letal. Su historia está marcada por sacrificios y victorias que cambiaron el curso de la guerra. Su enemigo es la sombra misma del odio, que busca apagar su luz y dividir al reino.

***Rey — El Corazón Vulnerable*. -** El rey es la esencia del reino, frágil pero esencial. Su sabiduría y liderazgo mantienen la cohesión de las fuerzas. Su mayor temor es la caída definitiva, pues con ella, todo se perdería. Enfrenta al Señor del Caos, un poder oscuro que desea sumergir el mundo en el olvido.

***El Señor del Caos*. -** Una entidad antigua y oscura, nacida de la nada y del miedo, que busca destruir el orden y la armonía del Reino del Ajedrez. Su ejército está compuesto por sombras, bestias y engaños que se infiltran en el tablero para sembrar la discordia y la destrucción.

Su objetivo es capturar al rey y deshacer la estructura del juego, sumiendo todo en un eterno desorden. Solo la unión de las piezas, con sus historias y fuerzas combinadas, puede detenerlo.



Encuentro del rey y la reina



El sacrificio de Elian



La Unión Renacida y el Asalto Final



Personajes

Sobre el autor

Víctor Vinicio nació en Ecuador en 1976 y pertenece a una generación que fue testigo de grandes cambios sociales y tecnológicos. Creció en una época en la que el mundo pasó de lo analógico a lo digital, disfrutando la llegada de nuevas tecnologías, la expansión de la comunicación y los cambios culturales que marcaron el cambio de siglo.

A sus 48 años, su interés principal es motivar a los jóvenes, al igual que a sus hijos, a dar rienda suelta a la imaginación a través de cuentos que invitan a pensar, soñar y descubrir nuevas formas de ver el mundo. *La Alianza del Rey* busca precisamente eso: ofrecer una historia donde la estrategia, el sacrificio y las decisiones difíciles cobran vida en un escenario simbólico.

Con un estilo claro y directo, Víctor Vinicio busca que sus cuentos conecten con personas de todas las edades, especialmente con quienes valoran cómo cada movimiento en la vida, al igual que en el ajedrez, puede influir en el resultado final.